

CARTA IV.

LA LUNA DE MIEL.

Junio 1.º de 1872.

«Eclipsala, me dices en tu carta; obscurécela; haz de manera que las miradas que se fijan en ella, se vuelvan hacia ti. Así como Elisa quiere deslumbrar con su belleza y con su fausto, deslumbra tú con la belleza y con la generosidad de tus acciones; haz ver que el tesoro de tu corazón es más grande que el tesoro de tu bolsillo.

La idea es luminosa; me propones una empresa, por ejemplo, como la del paso *honroso de Quiñones*. Tal vez pretendes que, semejante á Guzmán el Bueno, sacrifique á un hijo que no tengo todavía, ni esperanza de tenerlo, por conservar á Tarifa...., ó que clave en las mismas puertas de Granada las sagradas palabras del *Ave María*. ¿Quieres que venza en singular batalla al moro Tarfe?... No tendría inconveniente en ser un Hércules en los tiempos heroicos, ó un Cid en los tiempos caballescicos; pero me aterra la idea de hacer el papel de Don Quijote en los tiempos presentes. ¿No conoces, soñador insensato, que sería la burla de las gen-

UN ROSTRO Y UN ALMA.

49

tes?... Dime que soborne al género humano, que compre á peso de oro la admiración y los aplausos, que me convierta en traidor de melodrama, que me alquile para llevar sobre mis sienes cualquier corona arrastrada por el lodo, y seré de la noche á la mañana un héroe de plazuela, ó un rey de la lengua. Eres un loco, y propones una tontería.

Por lo demás, Vistabella (es en todos los días) el punto de reunión de la sociedad más escogida; las fiestas se suceden sin interrupción; cada día se ocurre un nuevo proyecto para el día siguiente. Elisa brilla de una manera extraordinaria; la concurrencia que la rodea, la adula y la admira, me parece la servidumbre de su fausto.... Veo resplandecer sus ojos y sonreír su boca en el paroxismo del desvanecimiento. Las mujeres se disputan su confianza, y los hombres su preferencia. Yo, entretanto, voy y vengo, subo y bajo, entro y salgo, como puedes imaginarte. Mi luna de miel no puede ser más esplendorosa.

Anoche me sentía tan fatigado de la concurrencia, que busqué la soledad; y mientras los convidados acudían al lago, donde había dispuesta una serenata flotante, yo me dirigí á una alameda solitaria, pensando muy seriamente en los desatinos de tu carta y en los peligros á que veía expuesta á Elisa. Cuando más embebido iba en mis reflexiones, sentí que un brazo se enlazaba al mío, y que una voz dulce y burlona me decía:

—Muy bien, caballero; cualquiera diría que,

cansado V. de la felicidad que le cerca, huye del mundo.

Experimenté un ligero estremecimiento, porque la persona que así me sorprendía, era la amiga de Elisa, aquella de sus amigas que la habló al oído la noche de mi boda, cuando yo la contemplaba en la luna del espejo.

—Señorita (le contesté), no debemos abusar de la felicidad, ó, mejor dicho, no debemos entregarnos á ella ciegamente; y yo me he apartado un instante del tumulto, para reflexionar sosegadamente acerca de la fragilidad de las dichas humanas.

—Eso (añadió ella) es digno de un filósofo, y me alegro mucho de verle con tan buenas disposiciones, porque no hay dicha que no esté amenazada de inesperados contratiempos.

—La mía (me apresuré á decir) no me ofrece por ahora sombra alguna.

—¡Ya lo creo! (exclamó); una boda tan ruidosa, un *trousseau* europeo, y una luna de miel verdaderamente regia, son tres circunstancias que hacen feliz á cualquiera, por adversa que sea su suerte.

—No he creído nunca (repliqué) que el lujo sea una condición indispensable de la dicha.

—¿No? (preguntó con cierta extrañeza.) ¡Válgame Dios, qué atrasado está V. de noticias! El lujo lo es todo en el mundo. ¿No ve V. que nadie piensa en otra cosa?

—Es verdad (le dije); pero ahora falta averiguar si son dichosos.

—¡Si son dichosos! (repitió): ¿qué importa eso?... ¿Lo parecen? Pues basta.

Hablando de este modo, nos habíamos internado en lo más espeso de la alameda.

Yo insistí diciendo:

—Si se trata sólo de las apariencias, convengo en ello; mas parecer dichoso, no es serlo.

—Cualquiera diría (exclamó deteniéndose y mirándome atentamente) que tiene V. alguna queja contra su suerte. ¡Bah! Creo que es V. bastante generoso para no mirar con cierta indiferencia los halagos de la loca fortuna; sí, presumo que es V. uno de los pocos millonarios que valen algo más que sus millones; pero ¿será V. insensible á la belleza de Elisa?... Ó, más bien, ¿es V. tan inconstante que no puede sujetar la impaciencia de sus deseos, ni aun entre las fugitivas delicias de la luna de miel?

—No (le contesté), no se trata de eso. La belleza es también una especie de lujo.

—Es decir (añadió, riendo como una loca), que Elisa ha perdido en quince días, á los ojos de su marido, todo el esplendor de sus encantos; ¿no es esto?

—No es eso (repliqué yo); su belleza no ha perdido nada á mis ojos.

—¿De manera (me preguntó), que es V. el hombre más feliz del mundo?

No sé mentir, y le dije:

—Si no lo soy, es porque mi carácter no me deja serlo.

Anduvimos algunos pasos en silencio, internándonos cada vez más en la sombra de la alameda. La amiga de Elisa, apoyada en mi brazo, seguía á media voz la melodía de la orquesta, que llegaba á nuestros oídos, y yo removía en mi cabeza una nube de pensamientos.

Por de pronto, no me explicaba bien la presencia allí de la amiga de Elisa. ¿Por qué esta señorita, de carácter bullicioso, de conversación viva, alegre y mordaz, dejaba el bullicio de la fiesta y venía, como yo, á buscar la soledad de la alameda?... ¿Era este encuentro una simple casualidad, ó una ocasión buscada?... ¿Pretendía sondear mi corazón?... ¿Qué interés podía tener en ello?... Además, ¿había en sus palabras compasión ó burla? Sospeché si Elisa habría tenido un momento de lucidez, movida por mi conducta indiferente y reservada, y querría, por medio de su amiga, abrir el camino de una tierna reconciliación. También podía ser mera curiosidad, deseo caprichoso de saber qué pensaba yo de su conducta. De todas maneras, tuve por cosa segura que la íntima amiga de mi cara mitad no se encontraba conmigo en la alameda á humo de pajas; decididamente, había en ello algo más que el capricho de un paseo solitario.

Por estos datos comprenderás que su encuentro y su conversación debían ser para mí sospechosos. Así es que me puse en guardia, decidido á aprovechar la ocasión que se me ofrecía. Seguí, no obstan-

te, guardando silencio, porque no debía mostrar interés en que siguiera adelante la conversación entablada. Esto era lo diplomático.

Al fin cesó de cantar, y me dijo:

—El carácter no le deja á V. ser feliz. ¡Oh, á cuántos errores inducen las apariencias! Nadie sospecharía que tiene V. mal carácter; mas, por lo que oigo, es V. un lobo perfectamente cubierto con la piel de un cordero.

—No quiero decir (le advertí) que soy yo un hombre de genio impertinente, gruñón, insoportable, pero tal vez tengo un corazón demasiado ambicioso.

—¡Es posible! (exclamó con admiración burlesca.) ¿Desea V. títulos, honores?... ¿Y qué dificultad encuentra en adquirirlos? En los momentos democráticos en que nos hallamos, ese es un género de pacotilla que se compra muy barato. Es verdad que no concurren en V. los méritos especiales que ahora se necesitan. V. no pertenece aún al número de los bienaventurados *que han sufrido persecución por la justicia*; pero eso, amigo mío, se subsana fácilmente.... Vamos, con franqueza: ¿no se siente V. capaz de ninguna fechoría?... Quiero decir, ¿de ninguna hazaña?

—En ese punto (le contesté), están satisfechas mis ambiciones aristocráticas; he rechazado un título de marqués; y en cuanto á grandes cruces, me parece que tengo bastante con la cruz del matrimonio.

—Entonces (me preguntó), ¿cómo dice V. que es ambicioso?

—Por una razón muy sencilla, señorita (le dije); porque mi corazón no está satisfecho.

—¿Satisfecho de qué?—volvió á preguntarme.

—Satisfecho (añadí yo) de mí mismo.

Movió la cabeza con ademán de duda, y me dijo:

—Eso, en vez de ser ambición, es modestia. No se cree V. digno de la felicidad que ha alcanzado, y tiene V. remordimiento de ser dichoso.

—¡Ah! (exclamé yo.) No es eso precisamente. Lo que digo es que no inspiro el vivo interés que ambiciono, ó, más bien, que ambicionaba; mejor dicho, que creí inspirar. Va V. á reirse de mis singulares pretensiones; pero ¡qué quiere V.! Mi corazón es así, y necesita, para estar satisfecho, vivir al calor de un cariño tierno y profundo.

Al acabar de pronunciar estas palabras, mi compañera de paseo exhaló un gran suspiro; mas, á renglón seguido, dejó escapar una ruidosa carcajada, diciendo:

—Regla general: siempre que un marido advierte frialdad ó indiferencia en el cariño de su mujer, es señal de que piensa en otro. ¡Oh, sí! No están Vds. tan pervertidos que no traten de disculpar sus infidelidades.

—Señorita (le dije), yo no merezco semejante injusticia.

—Entendámonos (replicó). Las mujeres son

muchas veces culpables del extravío de sus maridos; creen que porque los han enamorado una vez, basta para conservar su corazón toda la vida. V. dirá: es que Elisa no me ama. Y bien: ¿no podría ella decir lo mismo?

—¿Lo dice acaso?—pregunté yo.

—No sé (me contestó). El amor tiene también su amor propio, y, si lo siente así, es muy posible que lo calle.

Indudablemente, la amiga íntima de Elisa venía con el encargo secreto de sondear mi corazón. Yo vi en esta conferencia los preliminares de una paz futura, é insistí diciendo:

—Muy bien: Elisa es demasiado orgullosa para confesar su queja; pero ¿V. cree que la siente?

—Antes de contestar yo á esa pregunta (dijo), necesito hacer otra. ¿Desea V. que la sienta?

—Sí,—contesté.

—Pues en ese caso (añadió), si no la siente, puede sentirla. Somos íntimas amigas, hemos pasado juntas cuatro años en el colegio, y allí éramos inseparables; conozco algo su índole, y me parece que las lisonjas del mundo tienen adormecida su alma, y estoy segura de que un sacudimiento fuerte lograría que despertase.

Esto coincidía en cierto modo con los consejos que me das en tu carta, y al mismo tiempo me parecía que la amiga de Elisa hablaba de cuenta propia, y, en tal caso, su ingerencia en este asunto era una intervención oficiosa que no acertaba á ex-

plicarme. ¿Qué interés podía inspirarle á esta señorita la frialdad de nuestras relaciones después del matrimonio? ¿Cómo había podido sospecharla, cuando las apariencias nada dejaban traslucir?... Tal vez Elisa le habría confiado alguna circunstancia de nuestra vida íntima, y la curiosidad la habría movido á entablar conmigo la conversación de que te estoy dando cuenta. Sin embargo, no era curiosidad lo que yo advertía en ella; era más bien interés, un género de interés particular, que no sé cómo clasificarte. Yo le dije:

—¡Bah!: ya comprendo; no podría resistirse al efecto de un golpe teatral; esto es, rompo el velo de mi justa reserva, y me arrojo á sus pies pidiéndole por todos los santos del cielo que se digne amarme. Ella me mirará compadecida desde la excelsa altura de su orgullo, y me concederá el honor de besar sus pies. ¿No? Pues entonces no me queda más recurso que apelar á la fuerza de las armas: pondré sobre su pecho la boca de una pistola, y le diré resueltamente: «Señora, el amor ó la vida».

Á estas palabras nada me contestó; parecía que escuchaba atentamente la algazara de los convidados que el frío de la noche hacía volver á los salones. Casualmente nos hallábamos en el extremo de la alameda por donde debía pasar la bulliciosa concurrencia al abandonar las orillas del lago; cada vez se oía más cerca el rumor de las conversaciones; íbamos á encontrarnos con ella como dos líneas que se cruzan, y entonces me ocurrió la idea

de que nuestro solitario paseo era algo indiscreto. El primer grupo de convidados pasó por delante de nosotros, y oí pronunciar mi nombre. Detrás venía otro, y una voz de bajo preguntaba: «¿Dónde se habrá metido Octavia, que no la hemos visto en toda la noche?—Tampoco hemos visto á Jorge por ninguna parte», contestaba una voz de tiple. No pude distinguir la reflexión que otra voz añadió á esas observaciones; mas inferí que sería un chiste oportuno, porque obtuvo el honor de una risa general. Instintivamente empujé á Octavia hacia la sombra de un árbol, como si quisiera ocultarla y ocultarme. Un segundo grupo pasó por delante de la bocacalle de la alameda, y también éramos nosotros el objeto de la animada conversación que llevaban. «¡Ah! (exclamaba una voz casi niña). Es posible que haya sucedido alguna desgracia.—En ese caso (advertía otro), habrá que llorar con los dos ojos, pues son dos los que no parecen.—Propongo un ojeo (dijo un tercero).—Es inútil (replicó la voz cascada de una señora mayor); porque, ó se los ha tragado el lago, ó se los han comido los lobos.»

Como ves, brillábamos en aquel momento, como el romano, por nuestra ausencia. Yo me incliné al oído de mi compañera, y le dije:

—Debemos separarnos.

—¿Por qué?—me preguntó.

—Porque el mundo (insistí diciendo) es poco benévolo.

—¡Oh! (exclamó, irguiendo su graciosa cabeza.) ¡Qué me importa el mundo!

En esto sentimos acercarse un nuevo grupo; era el último, y en él venía Elisa, pues su voz llegaba á nuestros oídos. — «Me parece (decía) que se preocupan Vds. demasiado con la ausencia de Octavia y de Jorge. Probablemente nos esperan en el palacio, donde nos habrán preparado alguna sorpresa agradable. Crean Vds. (añadió con cierto énfasis), que su ausencia no puede explicarse de otro modo.» Al oír estas palabras, Octavia, que permanecía asida á mi brazo, me arrastró, adelantándose hacia el grupo que venía. Salimos de la sombra que nos ocultaba, y, al vernos, exclamaron muchas voces á un tiempo: — «¡Hola, hola; aquí están los perdidos».

—Aquí están (dijo mi compañera de paseo). Mientras Vds. loqueaban en el lago al compás de la música, nosotros, más juiciosos, filosofábamos bajo la sombra de la alameda y en el silencio de la noche. Sí, amiga mía (añadió, encarándose con Elisa); tu marido tiene una conversación encantadora.

Elisa dejó ver sus preciosos dientes por medio de una sonrisa sumamente fina, al mismo tiempo que echó sobre mí una mirada viva y penetrante como un relámpago; no había visto nunca brillar sus ojos de aquella manera. Octavia siguió diciendo, sin soltar mi brazo:

—Ea, señores; continúen Vds. su triunfal carre-

ra; nosotros, más apartados de las locas vanidades del mundo, iremos detrás cerrando la comitiva.

Cuando entramos en la quinta, Octavia y yo fuimos el objeto de la conversación, y nuestro paseo por la alameda motivo de una broma continua, en la que todos tomaban parte. Octavia mantuvo el asunto á una altura prodigiosa, despertando alternativamente la curiosidad, el interés y la malicia, con una viveza de ingenio y una novedad de invención que causaban asombro; contó nuestro encuentro en la alameda y nuestro paseo solitario de mil modos distintos; como ella decía, para todos los gustos; estuvo feliz, felicísima, inspirada, verdaderamente inspirada; sus chistes se celebraban con estrepitosos aplausos. Yo tuve que tomar parte en esta broma, y saliendo de mi obscuridad de marido, partí con Octavia la gloria de la aventura. Durante el resto de la noche no se habló de otra cosa, y ella y yo estuvimos constantemente en escena. Elisa habló poco, y no se hizo mucho caso de ella; parecía que estaba arrinconada.

Poco á poco se fué disipando la concurrencia, retirándose los convidados á sus respectivas habitaciones. Elisa, contra su costumbre, permaneció en el salón; de manera que nos encontramos solos y casi frente á frente. Fui á darle las buenas noches para retirarme; pero me detuvo, pidiéndome una taza de te, que yo mismo le serví. Al tomarla, me dijo:

—Siéntese V., caballero...., aquí...., á mis

pies....; me tiene V. muy enojada...., casi celosa.... Silencio (añadió, poniendo sus dedos en mi boca): no quiero excusas.... ¿Solicita V. mi perdón? Pues lo obtendrá; pero antes necesito una prueba de arrepentimiento.

—¿Cuál?—le pregunté.

—Ésta,—me contestó, presentándome su mano para que la besara.

En esto apareció su doncella, y la despidió.

¿Qué te parece?—Yo no sé qué pensar de tan repentino cambio.—Allá veremos; pero, entretanto, suspende el *pésame* que con tanta urgencia te pedía en mis anteriores cartas, porque me parece que soy dichoso; este puede que sea el primer día de mi luna de miel.

Adiós: está amaneciendo.»

Mi amigo no sabía qué pensar de tan repentino cambio; pero todavía me pareció á mí más inexplicable la conducta de Octavia.



SEGUNDA PARTE

SOSPECHAS DESVANECIDAS.

CARTA V.

VISITA INESPERADA.

Abril 24 de 1873.

Mi largo silencio te ha hecho creer, sin duda, que soy dichoso, que aún saboreo las dulzuras de mi luna de miel, y habrás dicho: «¡Qué hombre! Al fin, como todos. La felicidad es egoísta, y no quiere que participe de ella». Bueno; eso me prueba que te obstinas en creer que yo soy un ser ramplón, vulgarote, insubstancial, un hortera más ó menos millonario, un *mercachifre* en grande, que vive en un palacio, que tiene magníficos trenes....; en una palabra: un hombre de negocios.

En esta ocasión me es indiferente tu juicio, y no temas que por centésima vez vaya á hacerte tragar el inventario de las grandes cualidades que, á pesar